

México siempre estuvo cerca



34

POR JUAN PABLO MENESES. ILUSTRACIÓN DE KIKI VIALE. Este chileno –experimentado periodista trotamundos– construyó pacientemente, a lo largo de varios años, un compilado de relatos vertebrado por sus estadias en hoteles España de distintas capitales latinoamericanas. En este pasaje, cuenta cómo y por qué la capital azteca sirve de faro a su errante existencia.

El 15 de junio de 2005 caminé desde mi hotel por la Avenida de Mayo, en dirección al Congreso. Cruzé la Avenida 9 de Julio, la más ancha del mundo según los argentinos. Pasé por afuera del Hotel Castelar, donde una placa recuerda que ahí vivió Federico García Lorca durante seis meses, en 1933. Llegué hasta el locutorio vecino al Castelar. Pedí “una máquina”, como le dicen en Buenos Aires a los computadores de los cibercafés. Me dieron la 19, frente a las cabinas telefónicas. Abrí el Word y escribí una nueva versión de “Mi D.F. privado”. Era un texto donde no hacía mención a mi vida de hotel, sino que hablaba de una ciudad que no conocía: Ciudad de México. Después entendería que conocer el D.F., y el Hotel España de Ciudad de México tenía que ver con mis ganas de

abandonar la vida de hotel. Si terminara mi proyecto de conocer los hoteles España, ya no tendría más sentido pensar en ellos.

Mi D.F. privado

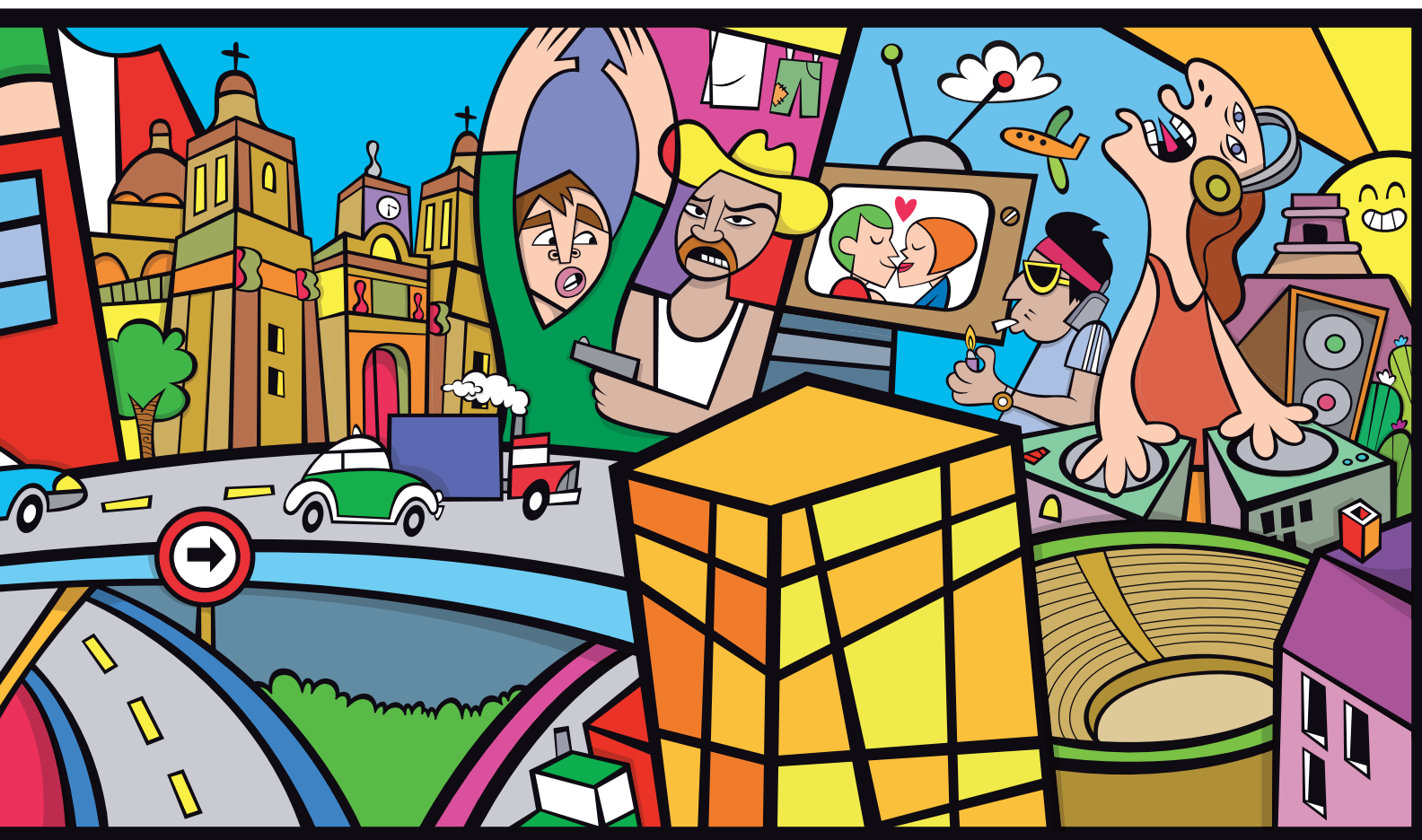
Me presento por única vez: soy Juan Pablo Meneses y vivo en el D.F. No, no es cierto... lo exacto es que soy Juan Pablo Meneses y vivo en el Hotel España de Buenos Aires, pero con el D.F. A ver. El asunto es de esta manera. Desde hace mucho tiempo y de forma inexplicable, vivo con el D.F. en mi cabeza. No es una metáfora. Hablo, simplemente, de que vivo con el Distrito Federal de México en mi cabeza, todos los días, a cada hora, desde hace años. Nunca he ido al D.F. No conozco México. En esa ausencia, creo, está el principal germen del D.F.

que me acompaña diariamente. Desde niño, creo que desde antes de pasarme tardes enteras en la vecindad en blanco y negro del chavito del 8. Desde mucho antes de saber que Pedro Páramo buscaba su pueblo perdido en el mero México, y de seguir los resultados del Necaxa, y de leer al Roberto Bolaño modelo D.F., y de enterarme de los millones y millones de billetes que mueven las telenovelas y el Canal de las Estrellas y las rancheras y el tequila y la lucha libre punto "mx". Mucho antes de casi todo lo mexicano que ha influido en Latinoamérica (bastante más que la España de Europa, algo menos que Estados Unidos), siempre y no sé por qué quise ir a México.

Específicamente, ir al D.F. "Son millones de millones de personas en las calles", "Hay que ir armado hasta a la misa dominical", "Los taxistas

mexicanos son los más peligrosos del planeta", "A la policía le das un poco de dinero y puedes hacer lo que quieras", "Los sindicatos son tan nacionalistas que no dejan que trabaje ningún extranjero", "La marihuana de allá no te hace ver uno, sino un camión lleno de indios mapaches", "Ahí hacen fiesta para los muertos y veneran calaveras", "No te metas con los políticos que todos tienen matones", "Si encuentras que este ají pica, espérate probar la comida en el D.F.". Así, de a poco y con esas frases, con ese tipo de frases que me dejaron con la boca abierta desde que tengo memoria, fue que lentamente y desde hace muchos años se fue construyendo y levantando, con el abnegado trabajo de los albañiles de mi conciencia, el D.F. que habita en mi cabeza. Ese D.F. que, hoy en día, se ha convertido en la principal unidad de medida

Después entendería que conocer el D.F., y el Hotel España de Ciudad de México tenía que ver con mis ganas de abandonar la vida de hotel.



He recorrido parte del mundo y acumulado pasaportes con timbres de los diferentes continentes, pero del timbre de los Estados Unidos Mexicanos, ni la sombra

con que —puede sonar inexplicable— me dedico a mirar el mundo. Todo, todo lo comparo con el D.F. El D.F. al que nunca he ido.

En Vietnam, mirando el desenfadado tráfico en las calles de Ho Chi Minh City, pensaba en que era casi tan enloquecido como las calles del D.F. En Estados Unidos siempre veo tantos y tantos mexicanos juntos que, irremediamente, la principal potencia económica del mundo me termina resultando cada día más parecida a mi D.F. En Buenos Aires, hace poco volvió a suceder: hubo un paro de los trabajadores del metro y el subterráneo de la ciudad estaba colapsado y la gente sudaba y se empujaba y yo veía a esa mujer semi-inconsciente clamando la salvación divina y me daban ganas de decirle "Esto no es nada comparado con el D.F., señora".

NEOPOP | KIKI VIALE

Ahora me dicen que en Chile descubrieron unos policías de tránsito sobornados: se nota que no conocen la "mordida" del D.F. Madrid dice que tiene contaminación: ¡ja ja ja ja!, váyanse a respirar al D.F.

Cuando comencé a escribir crónicas de viajes, pensé que había llegado la hora. Mal que mal, gracias a ser un niño que soñaba con ir al D.F. es que me gustan los viajes. Pero tampoco sucedió. He recorrido parte del mundo y acumulado pasaportes con timbres de los diferentes continentes, pero del timbre de los Estados Unidos Mexicanos, ni la sombra. Hace un par de días he decidido, finalmente, que nunca jamás iré al México real. Es una promesa. Y pese a eso, la vida seguirá y seguiré teniendo noticias del D.F. porque escribo para diarios y re-

vistas del D.F. y tengo buenos amigos del D.F. y, por supuesto, me deben dinero del D.F. y me han mentido del D.F. y me han ofrecido cosas que la gente del D.F. después no cumple. Aunque he decidido no ir, nunca jamás, cada vez que pueda volveré a escuchar feliz y atónito historias del D.F. Cada día, como hasta ahora, seguiré midiendo el resto del mundo a partir del D.F., de mi D.F., como el asaltante de revólver que corría ayer por Buenos Aires y pensé que parecía de Tepito, un barrio bravo del "defectuoso". Y cada vez que pueda, como siempre, volveré a recordar todo lo que me llevó a construir esa ciudad tan gigantesca y tan latinoamericana y tan agresiva en mi cabeza. Pero tomarme un avión y comenzar a caminar por ahí, nunca jamás. Ya no es necesario.

Al final de "Mi D.F. privado" mentí. Sabía que seguía siendo necesario viajar hasta ahí. Escribí "Nunca jamás iré al México real" porque conocía la maldición del "Nunca digas nunca jamás". Si todo salía como dice la condena, gracias a decir "nunca jamás" por fin podría llegar a Ciudad de México. Y en esa ciudad, conocería el Hotel España del D.F. Y en el Hotel España del D.F., el último y el más lejano de los hoteles España de Latinoamérica, podía terminar el viaje. (...)



COORDENADAS

Hotel España fue publicado recientemente por el multinacional Grupo Editorial Norma. Tuvo su presentación local en el Centro Cultural España Córdoba, con la presencia del autor, durante el mes de abril. Cuenta con 264 páginas y cuesta 65 pesos.

TripledobleVé
www.juanpablomeneses.wordpress.com